

**Los Intelectuales Latino Latinoamericanos y La
Construcción Cultural Del Tercer Mundo:
Concepto, Imagen, Ideología (1952-1991)**

Germán Alburquerque F.*

Resumen:

El artículo estudia el aporte de los intelectuales latinoamericanos a la definición conceptual del Tercer Mundo y el tercermundismo. Si en principio el Tercer Mundo fue una categoría promovida por las ciencias sociales, en una segunda etapa se le agregó una dimensión cultural. Este trabajo esclarece, en consecuencia, cómo el Tercer Mundo, en tanto concepto e ideología, adquirió connotaciones culturales, proceso en el cual los intelectuales – escritores, artistas, críticos – de América Latina jugaron un rol central.

Palabras claves: Tercer Mundo – Tercermundismo – Intelectuales latinoamericanos.

Abstract:

The article studies the contribution of the Latin American intellectuals to the conceptual definition of the Third World and the Third Worldism. In principle “Third World” was a category promoted by the social sciences, in a second stage a cultural dimension was added. This work determines how the Third World, as concept and ideology, acquired cultural connotations, process in which Latin American intellectuals – writers, artists, critics – played a central role.

Keywords: Third World – Third Worldism – Latin American Intellectuals.

* Doctor en Historia, Universidad Católica de Chile. Email: galburqu@uc.cl.

Introducción

En 1952 el demógrafo francés Alfred Sauvy publicó en *L'Observateur* el artículo donde se usó por primera vez la expresión “tercer mundo”.¹ Haciendo una analogía con el histórico “tercer estado” de la Revolución Francesa, quería subrayar las diferencias entre la pobreza de los países subdesarrollados, la “nobleza” del primer mundo – el capitalista –, y el “alto clero”, correspondiente a la Unión Soviética y los estados socialistas de Europa Oriental. Un par de décadas más tarde el propio Sauvy confesaría lamentar el excesivo uso que por comodidad se había hecho del término, precisando que en su origen solo quiso designar a los países coloniales o recién emancipados (“El inventor...”, 1972, p. 188). Creo, más allá de las aprensiones de Sauvy, que el hecho simboliza bien el recorrido de la expresión “tercer mundo”, al menos, entre la intelectualidad latinoamericana, que es la que he investigado. Quienes con más voluntad enarbolaron el Tercer Mundo como un referente que interpelaba a los pueblos oprimidos de todos los continentes, a los pocos años se declararán escépticos y privarán de sentido a la expresión. Saludado por unos, rechazado por otros, el Tercer Mundo no dejó indiferentes a los intelectuales de América Latina.

Con “Tercer Mundo” se designó y describió un conjunto de países sin distinción de continentes ni de razas ni de sistema político. Un segundo paso, determinante, fue el sentimiento de pertenencia al Tercer Mundo y de solidaridad con los países que lo integraban. Esta actitud militante, combativa, de afirmación del Tercer Mundo constituye el tercermundismo, que sin llegar quizá a ser una ideología acabada sí fue una batería de ideas, de posiciones y de sensibilidades que alcanzó una gran representatividad. Entre las décadas del cincuenta y del setenta, especialmente, el tercermundismo se instaló con autoridad en el debate internacional. Economistas, sociólogos y politólogos elaboraron todo un lenguaje en torno a un concepto que pasó a explicar las contradicciones del mundo moderno y a sugerir un camino de justicia social a los pueblos explotados del planeta.

¹ “Tres mundos, un planeta” fue publicado en la revista francesa *L'Observateur* el 14 de agosto de 1952.

En el ámbito de las artes y las letras se volvió pues imperativo dotar al Tercer Mundo de espesor cultural. En América Latina, los intelectuales de este ámbito abrazaron el tercermundismo con entusiasmo, dándose a la tarea específica de buscar en el terreno cultural los lazos que unían a asiáticos, africanos y latinoamericanos, lazos que ya se habían encontrado en los campos socioeconómico y político. Si las ciencias sociales habían logrado con éxito establecer la solidaridad entre los pueblos rezagados como una necesidad y una estrategia de acción, les tocaba ahora a los intelectuales de las artes y las letras definir qué problemas específicamente culturales aquejaban a los pueblos del Tercer Mundo y qué tareas debían enfrentar mancomunadamente.²

De esta manera los intelectuales del continente continuaron con una larga tradición política que los había llevado a asumir la representación de sus pueblos desde los orígenes de la república. En el periodo correspondiente al auge del Tercer Mundo, vale decir, en el mundo polarizado de Guerra Fría, los intelectuales agudizaron su compromiso y tomaron fervientemente partido, identificándose con referentes como el socialismo global, el antiimperialismo, la Revolución Cubana y, por cierto, el tercermundismo. Es dentro de este escenario planetario de acción que los intelectuales despliegan el discurso constitutivo – en lo cultural – del Tercer Mundo, que es el objeto de este trabajo.

1. ¿Qué es el Tercer Mundo?

Ofrecer una definición precisa de Tercer Mundo no es tarea fácil. Entre otras cosas porque su significado ha ido cambiando o adquiriendo nuevos sentidos conforme han pasado los años. Si en 1952 era empleada

² Este trabajo forma parte de mi tesis doctoral, que estudia el papel de los intelectuales latinoamericanos en la Guerra Fría. En la tesis, así como en este trabajo, me ocupo de un segmento de los intelectuales, aquel relacionado con el ámbito de las artes y las letras. Aunque científicos sociales, científicos, teólogos, profesores, etc., son tan intelectuales como aquellos, para efectos de esta investigación, cuando hablo de intelectuales me estoy refiriendo solo al grupo de escritores, artistas y críticos.

Germán Albuquerque F.

por primera vez con el fin de englobar a un conjunto de países que no pertenecían al capitalismo ni a la órbita socialista, hoy, cuando ha desaparecido lo que correspondía al “segundo mundo”, la expresión Tercer Mundo ha perdido sustancia, aunque se ha seguido usando.

En una primera etapa el Tercer Mundo comprendía a los países subdesarrollados que no estaban adscritos ni al bloque capitalista ni al socialista. Era por lo tanto un concepto económico y geopolítico, y aún no contenía un ánimo reivindicativo. Pronto el Tercer Mundo generó contenidos más políticos que dieron lugar al tercermundismo. Éste lo entiendo como un conjunto de ideas y actitudes que constituyeron un programa de medidas concretas. El primer paso en la formulación del tercermundismo se dio cuando los países se declararon miembros del Tercer Mundo; hasta entonces existía cierta resistencia a este reconocimiento y se entendía el concepto como una calificación peyorativa y hasta oprobiosa. El paso siguiente fue solidarizar entre sí, sentirse parte de algo y ser conscientes de esta condición común. Solo restaba articular un plan de acción, un programa de reivindicaciones en torno al cual unirse y exigir así a la comunidad internacional la aplicación de medidas tendientes a remediar la situación de desmedro en que se hallaban como sociedades. Nació así el Nuevo Orden Económico Internacional, al cual el mundo debía propender para borrar las distancias entre los países desarrollados y los dependientes.

Todo partía por un diagnóstico explicativo del retraso del Tercer Mundo. Las reglas del intercambio comercial y el consecuente deterioro de los términos de intercambio habían perjudicado por décadas a los países productores de materias primas. A esto se sumaba una división internacional del trabajo igualmente injusta, todo lo cual consagraba el desarrollo de los países centrales y la pauperización de las economías periféricas – que también podían llamarse dependientes, colonizadas, neocolonizadas o simplemente subdesarrolladas. Economistas y sociólogos latinoamericanos de inspiración desarrollista tomaron algunos de estos conceptos, los reelaboraron y agregaron otros para dar origen en los años sesenta a la teoría de la dependencia, que postulaba que el desarrollo de unos solo era posible por el subdesarrollo de otros; así, sociedades subdesarrolladas y

sociedades subdesarrollantes no podían en el futuro sino incrementar las diferencias.

Ante este cuadro los teóricos tercermundistas abogarán por implantar el Nuevo Orden Económico Internacional (ver DEVÉS, 2006). En primer lugar consideraban básico que los países del Tercer Mundo constituyeran un bloque con poder de decisión y con la fortaleza suficiente como para hacer valer sus intereses en el escenario global. Tal corporación también debería ser capaz de imponer sus términos a las grandes empresas transnacionales. Otra directriz apuntaba a la búsqueda de modelos propios y alternativos de desarrollo; de partida porque certificaban el agotamiento del desarrollismo clásico que había demostrado ser insuficiente para alcanzar el nivel de los países industrializados.

Podría decirse que la anterior corresponde a la vertiente económica del tercermundismo. Es posible distinguir también una vertiente más política o geopolítica en la construcción teórica del Tercer Mundo que se relaciona con el reparto de poder en el mundo de posguerra. En esta línea, el Tercer Mundo fue concebido como una variante, como un camino propio para aquellos países que se resistían a plegarse a uno u otro de los bandos rivales. Y esto se emparenta con un fenómeno paralelo al tercermundismo y que coincide en muchos de sus planteamientos: el Movimiento de los Países No Alineados. Probablemente esta organización haya sido una formalización u oficialización de los postulados que comprometían a los países que se consideraban tercermundistas, una expresión concreta de la solidaridad surgida entre éstos que a través fundamentalmente de vías diplomáticas haría sentir la voz del Tercer Mundo en el foro internacional. Mayoritariamente integrado, en su primera hora, por naciones africanas y asiáticas – Cuba era la única americana –, fue en las Conferencias de Bandung (Indonesia) en 1955 y de Belgrado (Yugoslavia) en 1961 que se instituyó la Organización, bajo el notable liderazgo de figuras como Sukarno, Tito, Nasser y Nehru. Pese a la pretendida prescindencia de las grandes potencias, con los años y en la práctica ésta se hizo insostenible por la clara simpatía que algunos miembros profesaban a Estados Unidos o a la Unión

Germán Albuquerque F.

Soviética – Cuba es el mejor ejemplo –; los lazos económicos y comerciales también relativizaron dicha neutralidad.

Los principales postulados del Movimiento (Organización) de Países No Alineados – y que pueden hacerse extensivos, de alguna manera, al pensamiento tercermundista - apuntaban a la consolidación de la libertad política de sus Estados miembros, que involucraba la autodeterminación, la renuncia a pactos militares multinacionales, el desarme y el principio de no intervención; asimismo, el Movimiento condenaba toda forma de imperialismo, propugnando al mismo tiempo una democratización de las relaciones internacionales y el reforzamiento de las Naciones Unidas; hacía suya, finalmente, la demanda del nuevo sistema económico global que el tercermundismo había elevado.³

Vertiente económica, política, geopolítica... solo restaba la vertiente cultural del Tercer Mundo. Ésta se desarrolló a un ritmo más lento que las anteriores, pero entrados los sesenta se advierte ya una vitalidad importante reflejada esencialmente en actividades que convocaban a intelectuales y artistas de los tres continentes implicados. Asimismo, en estos años se afianza la toma de conciencia de lo que significaba ser un intelectual del Tercer Mundo.

³ Mark Berger comprende el tercermundismo en estrecha relación con el Movimiento de los Países No Alineados. A partir de esa base distingue dos etapas. La primera la asocia con la Conferencia de Bandung (1955), en torno a la cual se aglutinaron países de un amplio espectro político que postulaban reemplazar la lógica Este-Oeste de la Guerra Fría por la Norte-Sur, fundada en criterios económicos. Esta primera generación tercermundista dominó entre 1955 y 1965, aproximadamente. En la segunda mitad de los sesenta, a partir de la Conferencia Tricontinental de La Habana, el predominio lo pasa a ejercer la segunda generación tercermundista, que se diferenciaba de la primera por su carácter más explícitamente socialista, inspirada en una izquierda radical representada por Fidel Castro, Ernesto Guevara y Muammar Al-Gaddafi. Naturalmente la presencia de América Latina en esta etapa fue mayor. La década del setenta sería para Berger la edad de oro del tercermundismo, para iniciar, en cambio, su franca decadencia en los ochenta, cuando el panorama internacional comenzó a experimentar transformaciones que desbarataron el orden de la Guerra Fría y desnudaron las contradicciones de un conjunto de países que en muchos casos enfrentaban, además, delicados procesos de descolonización (BERGER, 2004).

2. El desafío del Tercer Mundo

Si la solidaridad entre los países de América Latina y el latinoamericanismo había recibido un impulso inédito a partir de la Revolución Cubana, la irrupción del Tercer Mundo desafiará al intelectual a lanzarse al mundo entero, conminado a familiarizarse con lugares tan distantes y ajenos como los países árabes o los del África negra. De hecho, antes de 1960 casi no se observa comunicación de ningún tipo con los intelectuales de dichas regiones; y son los escritores comunistas los que en cierto modo fueron pioneros en el ejercicio: Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Jorge Amado, viajeros frecuentes, alguna experiencia poseían.

Los contactos esporádicos se harán cada vez más habituales. En paralelo, el Tercer Mundo había concitado, antes que nada, el interés, la necesidad de conocer una realidad algo misteriosa que, rápidamente, había sido declarada homóloga a la latinoamericana por las ciencias sociales. Interiorización y familiarización dominan en esta primera etapa.⁴

Las revistas político-culturales fueron fundamentales en la promoción del tercermundismo y en la misión de dar a conocer al público latinoamericano la realidad de los países de Asia y África. En esto destacaron nítidamente el semanario montevideano *Marcha* y la revista *Casa de las Américas* de La Habana.⁵ En la primera la preocupación por el Tercer Mundo se manifestó más temprano por medio de reportajes y entrevistas a figuras destacadas de Asia y África que pronto se erigirían como referentes del tercermundismo no solo a nivel latinoamericano sino también a nivel

⁴ Cabe advertir que el interés por el Tercer Mundo fue tanto o más cultivado en los países centrales (véase LIAUZU, JAMESON). Como muestra, en Italia, en 1965, y con el auspicio de la UNESCO, el Instituto Columbianum, entidad con sede en Génova y dirigido entonces por el sacerdote jesuita Angelo Arpa, organizó las Jornadas sobre Tercer Mundo y Comunidad Mundial, donde se discutió acerca de las relaciones culturales entre los tres continentes subdesarrollados. Participó un nutrido grupo de América Latina.

⁵ Silvia Sigal recuerda la ola de tercermundismo que sacudió Argentina hacia 1962, en virtud de la cual se prestó en diversas publicaciones una inédita atención a movimientos nacionalistas y revolucionarios de otros continentes, destacando el interés en el Congo, Egipto, Indonesia y Argelia (SIGAL, 1991, p. 193).

Germán Albuquerque F.

mundial. Nombres como los de los jefes de gobierno Patrice Lumumba (Congo), Gamal Abdel Nasser (Egipto), Achmed Sukarno (Indonesia), Josip Broz Tito (Yugoslavia), Chou En-Lai (China Popular), Ahmed Ben Bella (Argelia) y Ho Chi Minh (Vietnam del Norte) se pasean por las páginas de *Marcha*.⁶ Otros personajes que, en menor medida, capturaron la atención fueron Amílcar Cabral (activista en Angola, Guinea y Cabo Verde), Kwame Nkrumah (presidente de Ghana), Huari Bumedián (gobernante argelino), Antonio Agostinho Neto (jefe de Estado angoleño), Marien Ngouabi (presidente del Congo).

En *Casa de las Américas* se visualiza un giro a partir de 1965, cuando la revista no solo adquiere un perfil más político, en detrimento de la literatura, sino que además da un fresco ímpetu a lo concerniente al Tercer Mundo. Una de las figuras privilegiadas por la revista fue la de Ho Chi Minh, a quien con asiduidad se le comparó con el héroe cubano José Martí. Más en general, los procesos independentistas de Argelia y Vietnam son seguidos con devoción.

Los intelectuales de izquierda, comprometidos con la Revolución Cubana, adherirán en masa a los postulados del tercermundismo, tal como pregonaban los intelectuales cubanos que ejercían un liderazgo incuestionable. En el segundo lustro de los sesenta dos acontecimientos marcaron hitos indelebles en el recorrido del tercermundismo por América Latina. El primero fue la Conferencia Tricontinental de La Habana, en enero de 1966, que afianzó el rol conductor de Cuba en la alianza de los países del Tercer Mundo. De profundo impacto político, que entre otras cosas dio lugar a la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL), la Tricontinental tuvo dos años más tarde su correlato

⁶ Eduardo Devés y Ricardo Melgar han rastreado la presencia de ideas y pensadores asiáticos entre los intelectuales latinoamericanos y han establecido que los pocos contactos que se observan remiten más bien a políticos y líderes revolucionarios que han influido en mayor o menor medida en nuestro continente. Mao Zedong, Ho Chi Minh, Vo Nguyen Giap y, en tono menor, Kim il Sung y Sukarno son quienes más interés han provocado, tanto entre intelectuales como en movimientos políticos (DEVÉS y MELGAR, 2005).

intelectual: el Congreso Cultural de La Habana, verdadero cenit de la confluencia de intelectuales del mundo y tal vez el evento más grande – en cuanto a países participantes – que recuerde la historia de los encuentros de escritores y artistas. Las iniciativas conjuntas, es decir las que convocaban a intelectuales de los tres continentes del Tercer Mundo, vivieron su época dorada a partir de estos sucesos y hasta bien entrada la década del setenta, para ir apagándose en los ochenta.

3. Nosotros, los tercermundistas

El mexicano Carlos Fuentes, en 1962, sentenciaba que las características históricas y sociales de “nuestros” países tercermundistas urgían a los escritores para que cumplieran el rol que en otras sociedades cumplían partidos, sindicatos o parlamentos, y así ser la voz de quienes no la tenían (RODRÍGUEZ, 2001, pp. 192-193).

Tempranamente Fuentes asumía hablar desde un *nosotros, los tercermundistas*, homologando de paso la labor que los intelectuales debían cumplir en el conjunto de esas sociedades. El hecho de enunciar que los hombres de letras cumplían una función similar en los tres continentes era ya indicativo de una actitud abierta, presta a dialogar y solidarizar. Será esta idea la matriz a partir de la cual los intelectuales del Tercer Mundo entablarán relaciones entre sí.

Poco más adelante Julio Cortázar volvía a ponderar el papel del intelectual tercermundista cuando explicaba que “todo intelectual, hoy en día, pertenece potencial o efectivamente al Tercer Mundo puesto que su sola vocación es un peligro, una amenaza, un escándalo para los que apoyan lenta pero seguramente el dedo en el gatillo de la bomba”.⁷ En la misma línea de afirmación de la identidad tercermundista del intelectual, el autor de *Rayuela* se mostraba consciente y para nada indiferente respecto de los problemas que aquejaban al individuo: “El escritor latinoamericano, es decir

⁷ Carta de Julio Cortázar a *Casa de las Américas* (noviembre-diciembre de 1967), citada por GILMAN, 2003, p. 205.

Germán Albuquerque F.

un escritor del Tercer Mundo sabe que ese hombre [tercermundista] es el hombre histórico, alienado y mediatizado por el subdesarrollo en el que lo mantiene el capitalismo y el imperialismo".⁸

Tanto Fuentes como Cortázar conciben al intelectual como un actor inmerso en el Tercer Mundo que se define, antes que como mexicano, argentino o latinoamericano, como tercermundista, su seña de identidad primordial.

La revista *Marcha* alude también a esta nueva identidad que el signo de los tiempos forzaba a adquirir. A raíz de la publicación de la serie *Cuadernos de Marcha*, que dedicó muchas entregas a países y personajes tercermundistas, la revista hacía hincapié en la necesidad de familiarizarse con los nuevos aliados:

Y no se trata solo del ser nacional uruguayo, sino, sobre todo, del ser nacional latinoamericano, y de nuestra inevitable integración – seamos o no conscientes de ella – con los otros países del Tercer Mundo. Los cercanos, a los que nos une un origen común y un común destino; pero también los extraños y lejanos, de los que poco sabemos excepto que padecen, como nosotros, la exacción de los poderosos, o del poderoso.⁹

Cuadernos de Marcha destacaría – auguraban sus responsables – por hacer de la lucha antiimperialista su objetivo central, fruto a su vez del fomento de la nacionalidad, pero no una nacionalidad patrioterica circunscrita a un solo país, sino una trascendida por un espíritu latinoamericanista y tercermundista. Porque será manifiesta la vocación combativa de los miembros y de los adherentes del Tercer Mundo, ajenos por completo a una concepción pasiva o meramente descriptiva del tercermundismo.

Ese tono militante y épico acompañaría el discurso tercermundista por décadas. Y uno de los catalizadores de tal sensibilidad lo constituyó la Guerra de Vietnam, que inflamó los ánimos de solidaridad y de fe en la victoria. *Marcha* expresaba emocionada que Vietnam, “al luchar por la propia liberación, combatió por la ajena. Y en primer término por la nuestra.

⁸ Julio Cortázar, Óscar Collazos y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (1970), citado por GOLOBOFF, 1998, p. 200.

⁹ Editorial de *Marcha* (29 de diciembre de 1967), citado por PEIRANO BASSO, 2001, p. 99.

La de los pueblos sometidos del Tercer Mundo” (“La lección...”, 1972, p. 7).¹⁰ El Movimiento de los Países No Alineados también inspiró apasionados discursos tercermundistas. El ensayista peruano Augusto Salazar Bondy reafirmaba hacia 1974 el carácter revolucionario tanto del Tercer Mundo como del No Alineamiento, y en ese contexto saludaba la posición del gobierno de Velasco Alvarado, que había comprometido a Perú en aquel movimiento e incluso propuesto la creación de una suerte de sindicato de países pobres (SALAZAR, “El Tercer...”, 1974, p. 71). Sobre esta relación vinculante entre revolución y Tercer Mundo también se pronunciará el novelista Manuel Scorza:

Nosotros, los pueblos del Tercer Mundo, tenemos dos problemas, necesitamos dos revoluciones: primero una revolución para recuperar nuestra persona, para transformarnos en seres humanos, [y luego] la revolución política para transformarnos en seres humanos dignos (CAMPRA, 1987, pp. 178-9).¹¹

Todavía en 1984 el ministro de cultura cubano, Armando Hart, ponderaba los contactos con los países no alineados y con los africanos en particular proclamando que “estamos en la lucha por la defensa de los pueblos frente a sus explotadores, de los pobres de la tierra y de los derechos humanos de esos pobres” (HART, 1984, p. 35). Y aunque los avances del Tercer Mundo, en plena década del ochenta, no daban para entusiasmarse, en Luis Cardoza y Aragón pervivía un pujante optimismo. Rechazando una “perversa propaganda” que acusaba al Tercer Mundo de ser enemigo de los valores de Occidente, lo cual es imposible ya que es ese mismo Occidente el que ha generado - vía imperialismo y colonialismo – el Tercer Mundo, aseguraba que “el ascenso del tercer mundo, inevitable e indetenible, perfeccionará la dudosa, la avara y mezquina democracia de los poderosos, infestada aún de colonialismo” (CARDOZA, 1985, p. 34).

¹⁰ En la misma revista el poeta chileno Nicanor Parra se manifestaba como un buen tercermundista al sufrir “con la guerra de Vietnam, con las situaciones africanas y con esa otra guerra lenta que está desmoronando nuestros pueblos que es la miseria, el subdesarrollo” (BENEDETTI, 1969, p. 15).

¹¹ Entrevista realizada en 1975.

Germán Albuquerque F.

Así como la Guerra de Vietnam o los No Alineados sirvieron de estímulo para la reflexión tercermundista, se observan también otros temas, quizá menos espectaculares, que provocaron el mismo efecto. Uno de ellos fue el de los negros al interior de Estados Unidos, que despertó entre los intelectuales latinoamericanos singular preocupación. En los ya mentados *Cuadernos de Marcha*, el número 12, consagrado a “El poder negro”, establecía una estrecha interdependencia entre la condición de los afroamericanos en EE.UU. y la del Tercer Mundo en general, pues al fin y al cabo luchan contra el mismo enemigo amparados en idénticos principios:

No habrá liberación para los primeros, sin modificación substancial, revolucionaria, de las estructuras de Estados Unidos. Y sin que desaparezca la explotación del Tercer Mundo, base y fruto a la vez de esas estructuras y semejante a la explotación que los negros padecen. No habrá liberación para el Tercer Mundo, mientras el imperialismo subsista. Golpear adentro y golpear afuera es la consigna en común (...) El imperio caerá por sus contradicciones y por la acción conjunta de todos los que son sus víctimas (en PEIRANO, 2001, p. 106).

Con palabras más simples, Haydée Santamaría, histórica directora de *Casa de las Américas* y presidenta de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) realizada en La Habana en 1967, expresaría el mismo argumento: “Los negros norteamericanos forman parte fundamental de nuestro tercer mundo antiimperialista” (“Entrevista...”, 1967, p. 108).

Asimismo, las formas de lucha específicamente culturales que pueden emprender los intelectuales en pos del Tercer Mundo también motivaron encendidos discursos. Por ejemplo, en 1971 se celebró en Cuba el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, ocasión en la que se enjuició (y condenó) la colaboración de los intelectuales occidentales con la Revolución Cubana, todo como reacción al bullado Caso Padilla. Los participantes se comprometían por tanto a alentar las expresiones artísticas de África, Asia y América Latina, decretando que “nuestros organismos culturales serán vehículos de los verdaderos artistas de estos continentes”, aquellos que militan auténticamente junto a sus pueblos en la lucha

antiimperialista. Tras constatar que el imperialismo ha intentado aniquilar las culturas autóctonas de los pueblos colonizados, los intelectuales cubanos concluían que “la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico”; lo que implica una especial dedicación al combate de todo intento de coloniaje cultural (“Declaración...”, 1971, p. 18).

4. Escépticos del Tercer Mundo

Sin embargo, la vibrante acogida que la mayoría de los intelectuales de izquierda dio al tercermundismo colisionó con la posición escéptica de quienes vieron en el Tercer Mundo una entelequia que artificialmente emparentaba a los países de América Latina con sociedades que poco y nada tenían en común. Pero lo más curioso fue la negación del Tercer Mundo por parte de los propios tercermundistas. Ocurrió que, rebelándose a una división tripartita del orbe que naturalmente establecía una barrera entre el Tercer Mundo y el segundo, representado por el bloque socialista, se tendió a disolver esta barrera para así proyectar una lucha directa entre el primer mundo capitalista, y su rival, un segundo mundo socialista, revolucionario, en vías de liberación, que ponía a la Unión Soviética como cabeza tanto de las naciones socialistas y emancipadas como de las integrantes del viejo Tercer Mundo o incluso de los países no alineados.

4.1. Tercermundistas escépticos del Tercer Mundo.

El tercermundismo generó controversias y actitudes contrapuestas en intelectuales que en un momento dado pudieron parecer firmes defensores del Tercer Mundo y tiempo después renegar de él. O incluso afirmar el Tercer Mundo y al mismo tiempo negarlo. El poeta argentino Alfredo Varela, por ejemplo, a propósito de la Conferencia Tricontinental de La Habana en 1966, un evento al que asiste y saluda fervientemente, precisará que

Germán Albuquerque F.

La Conferencia del pretendido 'tercer mundo' ratifica que no hay tal 'tercer mundo' (...) puesto que solo cuentan dos: el que representan el imperialismo y sus aliados de distinta catadura, y el que forman todas las fuerzas de la liberación, el progreso y la paz, englobando a los países socialistas, los pueblos que se han independizado o luchan por liberarse y el movimiento obrero y revolucionario de los países capitalistas desarrollados (VARELA, 1966, p. 6).

Junto con tomar partido por la lucha de los pueblos oprimidos en contra del imperialismo, o sea, tomando la bandera de los países que conforman el Tercer Mundo, el argentino rompe con la división tripartita proponiendo en cambio solo capitalismo y socialismo. Es una interpretación de inspiración marxista - acorde con la militancia comunista del autor - que extrapola la lucha de clases a la disputa global, o en otras palabras, que la lucha ya no es entre clases sino entre países. En realidad lo que desaparece no es el Tercer Mundo sino el Segundo, o mejor, ambos se fusionan, pasando a definirse más por una ideología - revolucionaria, socialista, anticapitalista - que por similitudes históricas, culturales o socioeconómicas.

Lo que Varela veía claramente en 1966, Roberto Fernández Retamar lo asumirá pocos años más tarde. Quien fuera piedra angular del Congreso Cultural de La Habana y uno de los máximos referentes del tercermundismo en Cuba y Latinoamérica, discretamente va a recelar del concepto Tercer Mundo. Primero - hacia 1971 - va a achacar a los intelectuales centrales o metropolitanos la mala costumbre de crear categorías con las cuales definir a los latinoamericanos, desde barbarie hasta Tercer Mundo, pasando por "pueblos de color" y "países subdesarrollados" (FERNÁNDEZ, 1998, p. 9).¹² En 1975 profundizaría sobre el tema atacando la ambigüedad que encierra el concepto Tercer Mundo y, en coincidencia con lo que expresaba Varela años atrás, patentizando la

imposibilidad de que ese 'tercer mundo' se situara entre capitalismo, en un extremo, y socialismo en otro. La vía socialista es hoy, ya, no solo la de países europeos desarrollados, sino

¹² Original: "Caliban", *Casa de las Américas*, La Habana, 68, septiembre-octubre 1971.

Los intelectuales latinoamericanos y la construcción cultural...

también la de otros (...) que están saliendo del subdesarrollo, como Mongolia, China, Corea, Vietnam, Cuba, países del 'tercer mundo' (FERNÁNDEZ, 1975, p. 36).

Otra vez se quieren desechar los índices sociales y de calidad de vida para calificar o no a un país de tercermundista, y lo que se hace prevalecer es el sistema político o grado de independencia de un país. Se resiste Fernández Retamar a poner en un mismo saco a Cuba y a aquellas sociedades explotadas por las metrópolis y pertenecientes al mundo capitalista, por mucho que tengan un ingreso per cápita similar. Pero también se observa cierto temor a identificar Tercer Mundo con una vía alternativa no necesariamente socialista ni menos soviética. El tercermundismo no comporta una tercera vía válida, como querrían algunos, que es inexistente puesto que en el mundo solo existen dos opciones: capitalismo o socialismo. Termina el cubano haciendo un llamado a prescindir de un término tan confuso como es el de Tercer Mundo.¹³

4.2. Antitercermundistas o escepticismo de derecha

Hubo en el campo intelectual latinoamericano del periodo posturas reacias a creer en el Tercer Mundo y sobre todo a creer que América Latina formaba parte de él. Este escepticismo lo llamo de derecha porque sus representantes son anticomunistas o anticastristas y en general adversos a las ideas de izquierda. No comparten la solidaridad para con los pueblos de otros continentes y restringen su preocupación a los países del hemisferio. Se oponen a la falacia de igualar dentro de la categoría Tercer Mundo países como los nuestros y otros tan extraños y remotos como los de África y Asia.

Sobre esto último enfoca su mirada Luis Alberto Sánchez en un artículo para la revista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* de París. Para el peruano existen diferencias infranqueables entre los países

¹³ Eduardo Galeano también incurrirá en esta lógica de negación del Tercer Mundo, aunque en otro sentido. En 1980 sostiene que "el llamado Tercer Mundo no tiene nada de tercero. Integra el mundo capitalista: son los suburbios sometidos los que hacen posible el esplendor de los centros" (CAMPRA, 1987, pp. 162-3).

Germán Albuquerque F.

que integran el Convenio que 73 naciones subdesarrolladas firmaron en Ginebra en 1964. Se pregunta cómo homologar el grado de subdesarrollo de Estados como Jordania y Argentina, el Congo y Chile. Menos diferencia hay – sostiene – entre países del Primer Mundo y del Segundo (SÁNCHEZ, 1965, pp. 28-29). En el mismo número de esta revista, su director, Germán Arciniegas, alega que América Latina no debe ser incorporada al Tercer Mundo, el que se configuró – aclara – en la Conferencia de Bandung en 1955 por voluntad de 29 países de Asia y África. Por lo demás, éste sería en rigor el cuarto mundo, pues Europa (occidental) constituiría el tercero, y en consecuencia América Latina – que tiene muchos rasgos, raciales y culturales, del viejo continente – vendría a ser un quinto mundo (ARCINIEGAS, 1965, pp. 8-9).

El ensayista venezolano Carlos Rangel comprenderá el Tercer Mundo como una categoría política y lo asociará al no alineamiento que surgió como respuesta a la confrontación bipolar entre las superpotencias. Es por lo tanto un término nacido bajo la égida de la Guerra Fría y que en sus inicios coincidió con el neutralismo, pese a que muchos de esos países orbitaban el mundo capitalista, conservaban convenios de distinto tipo con Estados Unidos o bien todavía eran colonias. Además en buena parte de ellos la influencia de la cultura occidental era avasalladora. Con tales sujeciones el neutralismo del movimiento era muy difícil de sostener. Rangel constata que, unos 25 años más tarde, hacia principios de los ochenta, la situación se ha invertido y el neutralismo se ha hecho insostenible por el favor que muchas de esas naciones le han brindado a la Unión Soviética. El Tercer Mundo como sinónimo de no alineamiento carece entonces de sentido (RANGEL, 1982, pp. 69-70). El autor cuestiona además, como ya es una constante, las supuestas semejanzas entre los países del Tercer Mundo, que a su juicio son muy inferiores en comparación con las divergencias. Por último, se aproxima curiosamente a Fernández Retamar cuando descalifica el término Tercer Mundo y la ideología tercermundista acusando que fueron ideados y forjados en Occidente, siendo reflejo simplemente del masoquismo y autoflagelación que han llevado al mundo occidental a plantear una especie de suicidio.

4.3. Escepticismos alternativos

Difícilmente pudieron los intelectuales permanecer al margen del debate sobre el Tercer Mundo, y debido a que era un problema nuevo y en evolución escapó un tanto a las preferencias políticas de los autores y a la tradicional clasificación de izquierda y derecha. Los mexicanos Carlos Fuentes y Octavio Paz, y el argentino Bernardo Kordon, por ejemplo, se pronunciaron de manera bastante libre, sin ataduras a tendencias políticas determinadas, lo que otorga un atractivo singular a sus análisis.

Fuentes expresó en dos momentos separados por veinte años una postura cambiante frente al Tercer Mundo. En 1961 el novelista escribiría en *Casa de las Américas* (dato no casual) un caluroso llamado a bregar por la liberación. Saluda así lo que avizora como un nuevo internacionalismo animado por los países subdesarrollados del mundo que entre sí reconocen una lucha y una esperanza comunes (FUENTES, 1961, p. 51). En los albores de los ochenta, en cambio, Fuentes ofrecerá un análisis más reposado y menos optimista del futuro del Tercer Mundo. Parte por hacer una defensa del Estado-nación, recomendando esta fórmula a los países en desarrollo como el suyo, México. El ejemplo de Estados Unidos ha demostrado el éxito de un Estado-nación fuerte, más allá de su organización federal, sistema que promete a los pueblos de América Latina y del Tercer Mundo la autonomía y poder de determinación necesarios para alcanzar la prosperidad (entrevista de 1980 en TORRES, 1986, p. 158). Es aquí que surge el conflicto con el Tercer Mundo, porque el Estado-nación no se condice con un movimiento a escala continental o global: “El Tercer Mundo no puede ser un movimiento unitario porque eso atentaría contra el proyecto de construir Estados-naciones y porque, además, las zonas y los países que lo componen pertenecen a culturas distintas”. Esto último remite al argumento clásico contra el Tercer Mundo: la diversidad de sus componentes. Fuentes coincide en que las particularidades culturales vuelven inviable el Tercer Mundo como entidad universal – algo que un par de décadas atrás se negaba rotundamente –, y solo visualiza como elemento en común su condición de

Germán Albuquerque F.

países “gaullistas”, vale decir, reacios a convertirse en súbditos de Estados Unidos o de la Unión Soviética (Ibid, p. 159).

El mexicano Octavio Paz también se pronunció sobre un concepto al que no confería mucho crédito y al que presagiaba un pronto final. De partida, creía que Tercer Mundo no da cuenta de la heterogeneidad de los países que supuestamente lo integran, y dudaba de los criterios que se usan para calificar o no a un país de tercermundista. En esa dirección, su país, dada la honda influencia de la cultura occidental, no podría amarrarse a un grupo de naciones cuyo elemento aglutinador más importante es el combate a Occidente:

Colección abigarrada de pueblos en andrajos y civilizaciones en añicos, la heterogeneidad del ‘tercer mundo’ se vuelve unidad frente a Occidente: es el otro por definición, su caricatura y su conciencia, la otra cara de sus inventos, su justicia, su caridad, su culto a la persona y sus institutos de seguridad social (PAZ, 1967, p. 213).

Oscilante entre querer y no querer ser como las sociedades desarrolladas, lo que mejor define al Tercer Mundo – concluye Paz – es, por ahora, su mera voluntad de ser (PAZ, 1967, p. 214).

Bernardo Kordon, por último, encaraba un asunto olvidado por casi todos sus colegas pese a su sencillez y evidencia: se pregunta por lo que piensa y siente la gente común y corriente cuando los intelectuales hablan de Tercer Mundo y aun de América Latina. Terciando en las discusiones escenificadas en el Encuentro Latinoamericano de Escritores realizado en Chile en 1969, Kordon reaccionaba frente a un supuesto hombre nuevo:

Ese nuevo hombre latinoamericano es otra invención, como el subdesarrollo, como nuestro lugar en el Tercer Mundo. Cuando a un hombre de mi pueblo se le dice que somos colonia, no ve en ello ninguna idea de compulsión, no lo ve como algo agravante y como algo de lo que es necesario salir; se les dice Tercer Mundo y subdesarrollo y lo cree, con un algo de fatalidad, no ve en ello nada peyorativo. Del mismo modo hablar de un hombre latinoamericano es algo que no piensa, que no lo preocupa al argentino, al chileno, al peruano o al brasileño ni en el orden cultural ni en el orden popular... [Se nos pretende dar una] unidad

Los intelectuales latinoamericanos y la construcción cultural...

cultural y geográfica que nosotros sabemos que no tenemos (en JARA, 1971, p. 81).

Es posible que muchos de nuestros intelectuales pensarán como Kordon pero pocos se atrevieron a declararlo. La adhesión a un discurso tercermundista e identitario pudo entonces obedecer, en algunos casos, a un simple acomodo, al deseo de honrar una moda impuesta por aquellos intelectuales más comprometidos con la noción de Tercer Mundo.

Conclusión

Hacia fines de los años cincuenta, pero especialmente en los años sesenta, la ola de tercermundismo que recorrió América Latina y el mundo contagió hondamente a nuestros intelectuales. En este trabajo hemos prestado atención al discurso, a las ideas puestas en circulación, y solo marginalmente hemos aludido a las prácticas, a las acciones y actividades emprendidas por los intelectuales y que también se cuentan entre los esfuerzos por hacer realidad la comunidad tercermundista. En congresos, actividades de intercambio, festivales, declaraciones públicas, publicaciones, etc., los intelectuales de América Latina alentaron la constitución del nuevo referente identitario. La pura divulgación de las expresiones artísticas de Asia y África cobraron sentido a la luz de esta cruzada.

Lo anterior fue a la par de lo propiamente discursivo. Es necesario advertir que la voz de los escritores y artistas de por sí legitimaba el tercermundismo, es decir que el intelectual, aunque simplemente repitiera los eslóganes políticos, estaba brindando un valor cultural al Tercer Mundo por su sola posición de referente cultural – de prestigio y de credibilidad – al interior de las sociedades nacionales. Pero, claro está, no solo repitieron fórmulas prefabricadas.

El discurso constitutivo del tercermundismo cultural elaborado por los intelectuales latinoamericanos puede desglosarse en los siguientes enunciados: 1) toma de conciencia de la condición tercermundista, y más

Germán Albuquerque F.

precisamente de la función común del intelectual en las sociedades del Tercer Mundo; 2) reconocimiento de las problemáticas de índole esencialmente cultural que enfrentan las sociedades tercermundistas; 3) denuncia y llamado a la resistencia ante el coloniaje cultural perpetrado por el imperialismo (lo que se conoció como “penetración cultural imperialista”); 4) reflexión acerca de la presencia y propagación de la cultura y valores occidentales en los países del Tercer Mundo (cómo reconocerlos, enfrentarlos, utilizarlos, etc.); 5) formulación – en un plano ya más filosófico - de cierto historicismo tercermundista, consistente en la certidumbre de que el Tercer Mundo es el “motor” de la historia.

Esto no quiere decir, por cierto, que la dimensión cultural haya desplazado a las dimensiones económica y geopolítica del Tercer Mundo; al contrario, lo cultural se vino a agregar a las otras dimensiones ya formuladas. Tampoco debe creerse que los intelectuales estudiados dejan de lado los postulados más económicos y políticos, más bien los recogen y los reelaboran desde su propio punto de vista.

La campaña pro Tercer Mundo, tanto en lo discursivo como en lo práctico, se concentró fundamentalmente en las décadas del sesenta y setenta. Ya en los ochenta se observa un declive, el cual se profundizaría en las décadas ulteriores. Sin embargo, es indiscutible que muchos postulados tercermundistas ya son de uso común. Sin ser tan evidente como en su época de gloria, está claro que el tercermundismo se quedó entre nosotros.

Bibliografía

ARCINIEGAS, Germán. “¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos?” *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, 100, septiembre 1965.

BENEDETTI, Mario. “Nicanor Parra, o el artefacto con laureles”. *Marcha*, Montevideo, 17 de octubre de 1969.

BERGER, Mark T. “After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism”. *Third World Quarterly*, Londres, Vol. 25, N° 1, 2004.

- CAMPRA, Rosalba. *América Latina: la identidad y la máscara* [entrevistas]. México, Siglo XXI, 1987.
- CARDOZA Y ARAGÓN, Luis. "Sueño de una noche de verano". *Casa de las Américas*, La Habana, 151, julio-agosto 1985.
- "Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura". *Casa de las Américas*, La Habana, 65-66, marzo-junio 1971.
- DEVÉS, Eduardo y MELGAR, Ricardo. "El pensamiento del Asia en América Latina. Hacia una cartografía". *Revista de Hispanismo Filosófico*, 2005.
- DEVÉS, Eduardo. "Los científicos económico sociales chilenos en los largos 60 y su inserción en las redes internacionales: la reunión del foro tercer mundo en Santiago en abril de 1973". *Universum*, Talca, XXI, 1, 2006.
- "El inventor del Tercer Mundo". *Casa de las Américas*, La Habana, 70, enero-febrero de 1972.
- "Entrevista a Haidée Santamaría". *Casa de las Américas*, La Habana, 45, noviembre-diciembre 1967.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. "De *Introducción a Martí*". *Casa de las Américas*, La Habana, 93, noviembre-diciembre 1975.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. *Todo Caliban*. Concepción, Cuadernos Atenea, 1998.
- FUENTES, Carlos. "Radiografía de los Estados Unidos". *Casa de las Américas*, La Habana, 4, enero-febrero 1961.
- GILMAN, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- GOLOBOFF, Mario. *Julio Cortázar. La biografía*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1998.
- HART, Armando. "Del horizonte nacional de la cultura al humano universal". *América Latina*, Moscú, 1, 1984.
- JAMESON, Fredric. *Periodizar los 60*. Córdoba, Alción, 1997.
- JARA CUADRA, René (ed.). *El compromiso del escritor*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971.
- "La lección de Vietnam". *Marcha*, Montevideo, 1592, 12 de mayo de 1972.
- LIAUZU, Claude. "Le tiersmondisme des intellectuels en accusation: Le sens d'une trajectoire". *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, N° 12, Octubre-diciembre 1986.

Germán Albuquerque F.

“Pablo Neruda: autobiografía poética”. *El Mercurio*, Santiago, 23 de julio de 2006.

PAZ, Octavio. *Corriente alterna*. México, Siglo XXI, 1967.

PEIRANO BASSO, Luisa. *Marcha de Montevideo*. Buenos Aires, Ediciones B, 2001.

RANGEL, Carlos. *El tercermundismo*. Caracas, Monte Ávila, 1982.

RODRÍGUEZ LEDESMA, Xavier. *Escritores y poder. La dualidad republicana en México, 1968-1994*. México, UPN, 2001.

SALAZAR BONDY, Augusto. “El Tercer Mundo revolucionario”. *Textual*, Lima, 9, diciembre 1974.

SÁNCHEZ, Luis Alberto. “Sobre Estados Unidos, Europa, África y el colonialismo mental”. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, París, 100, septiembre 1965.

SIGAL, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur, 1991.

TORRES FIERRO, Danubio. *Memoria plural. Entrevistas a escritores latinoamericanos*. Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

VARELA, Alfredo. “Un gran acontecimiento: la Tricontinental”. *Cuadernos de Cultura*, Buenos Aires, 79, marzo-abril 1966.